

Ernesto Eslava

Vida, pasión y muerte de un escritor chileno



EN un hospital de Santiago dejó de existir, hace poco tiempo, el escritor chileno Ventura Fraga, que recién llegaba de París, después de una estada de más de treinta años fuera de Chile.

Su presencia no llamó a nadie la atención, porque sus largos años en Europa habían borrado de la memoria de sus viejos amigos, la estrecha amistad de otra época. Y llegaba a su querida tierra chilena, como un extranjero incoloro y vulgar.

Fué un contraste terrible el que sufrió su corazón, porque esperaba abrazos y palabras de reconocimiento en su vuelta al país, por haber triunfado en el exterior. Pero ni una palma se batió en el aire para justificar su hazaña de conquistador.

Llegaba pobre, viejo y sin energías ya de luchar.

Pero esta ingratitud dolorida y pasmosa, también la sufrió años antes el gran poeta Francisco Contreras y muchos otros chilenos ilustres que conquistaron la gloria en el extranjero, para morir después ignorados de todo el mundo. Y ahí, desde la tumba, están confirmando estas palabras los huesos de Leonardo Pena en París y los despojos abandonados de Daniel Riquelme en Suiza, y tantos, tantos otros pagados con la misma moneda.

FRAGA HIZO FUROR A PRINCIPIOS DEL SIGLO

Vivió toda la bohemia de los diez primeros años del 900, entre literatos, periodistas y gente de teatro.

Trabajaba por ese entonces en el diario «La Ley» y era considerado por la «sociedad» como el más severo y temible crítico de música.

En cada teatro disponía de su gran butaca independiente para observar lo que se realizaba en el escenario, desde cuyo lugar oía la ópera y anotaba las buenas o malas notas de los ejecutantes.

La mayoría de las veces, los cientos de ojos del público observaban sus movimientos, y a cuyos gestos y meneos de cabeza batían palmas o permanecían en silencio sepulcral. (Vale decir que por ese tiempo eran contados los que definían la buena y mala música).

Para todos, Ventura Fraga era el gran crítico.

Sus crónicas de arte eran leídas y saboreadas con entusiasmo.

APARECE «KRACH»

A mediados de 1903 publicó su novela *Krach*, de más de doscientas páginas.

Esta obra cayó como una bomba en medio del ambiente cumplido y recatado de esos años.

Krach constituyó un grave insulto a la moral, porque retrataba crudamente las cosas de su tiempo. Aunque esas mismas páginas no producirían hoy el más leve rasguño de inmoralidad.

SE MARCHA A BUENOS AIRES

Hecha su carrera literaria en Chile con su vida, sus artículos y su novela *Krach*, que fué su broche de oro, a pesar de las

amargas expresiones de sus enemigos de arte, bajó el telón de su vida y amarró sus maletas, partiendo rumbo a Buenos Aires, como corresponsal de los diarios «El Sur» y «El Chileno», al Congreso Médico Latinoamericano que se realizó en la capital argentina a fines de 1903.

Los diarios y revistas bonaerenses recibieron a Fraga con los brazos abiertos, rindiéndole homenajes como escritor de fuste y como crítico musical de fama.

Su figura imponente aparece de cuerpo entero en los reportajes y artículos que le dedicaban sus colegas del otro lado de los Andes.

Su labor era conocida y muchos de sus trabajos, firmados con el pseudónimo «Parsifal», se habían publicado en esa capital.

Con ese viaje, Fraga no vuelve más a Chile y sus amigos de letras lo pierden de vista.

SU VIDA COINCIDE CON SU OBRA

Palpita en la vida de Fraga un sentimiento amoroso que no está definido libremente, pero que coincide su viaje sin vuelta con los capítulos finales de su novela *Krach*:

«Pág. 211. Dice Olga: «pesa sobre mí una sentencia fatal
« desde el malogrado fruto de mi matrimonio...: el doctor Flo-
« rans de la Facultad de París, me ha sentenciado a muerte si
« soy esposa completa... Es preciso que el sacrificado seas
« tú (Fraga está substituído por Arué). ¡Debes partir! ¡Sí!
« ¡Dime que partirás!

«Atozorado por los sollozos, escuchaba Arué, como en un
« sueño, la confesión de su Olga.

«Pero la respuesta de Arué llegó:

«—¡Sí! ¡Partiré mañana!».

PRIMEROS TRIUNFOS EN EL EXTRANJERO

Cuando ya habían corrido algunos meses de su estada en Buenos Aires, empezaron a escasear las monedas en sus bolsillos y acudió a revisar los avisos de los diarios. Sus ojos no se demoraron en pegarse en una de las páginas en que llamaban a concurso para dirigir una revista magazinesca.

Sin pérdida de tiempo fué a solicitar sus antecedentes al Consulado y expresó la causa de su urgencia. Entonces el cónsul le aconsejó que no perdiera sus esfuerzos en esas cosas, porque sería en vano todo lo que hiciera y además le agregó si estaba loco para pensar en concursos de esa índole. Aquí en Argentina hay escritores y no «escritorcitos», ni principiantes a periodistas como en Chile, lo mejor es que regrese a su pieza, le advirtió el diplomático en lugar de alentarle.

Pero Fraga hizo caso omiso a estas advertencias y se fué a inscribir al concurso.

El resultado apareció a la semana siguiente de «la prueba». Y para mayor réclame del torneo decía con todas sus letras: «En el concurso participaron 110 postulantes y resultó vencedor el señor Ventura Fraga...».

Desde luego Fraga casi se fué de espaldas al notificársele el resultado. Y corrió al Consulado chileno para comunicar la noticia. Todos se entusiasmaron y le interrogaron sobre el tema que debió desarrollar. El tema consistía en hablar sobre el primer número de la revista *El Hogar*, que recién entraba a la circulación.

La generalidad de los participantes elogiaron desde el comienzo hasta las páginas finales. Pero Fraga, rebelde a todo lo rutinario, no elogió, sino que criticó severamente la distribución del material y el escaso gusto artístico de sus diversas secciones.

El dueño de la empresa era norteamericano y antecedido del fallo mandó grabar en la mampara de la oficina que corres-

pondía a *El Hogar* el nombre completo del triunfante y las horas que atendería al público.

De tal manera que, cuando Fraga acudió al despacho para hacerse cargo del empleo, hacía ya medio mes que estaba ganando el sueldo de Director.

GRAN AMIGO DE RUBÉN DARÍO

Fraga siempre había cultivado la amistad con grandes hombres del pensamiento. Leía y analizaba libros constantemente. Su cerebro siempre vivía agitado y marchaba al día con los acontecimientos.

A principios de agosto de 1912 llegó Rubén Darío a Argentina, en uno de sus tantos viajes a través de América.

Ahora venía de Europa.

Viejos lazos de amistad unían a Fraga con el genio de Nicaragua. Ambos tenían una correspondencia continuada y cordial.

Copiamos a continuación una crónica de «La Nación» de Buenos Aires de ese año, en que da a conocer su llegada y la comisión que fué a esperarlo, en la cual tuvo una actuación destacada el delegado chileno Ventura Fraga y dice:

«A bordo del «Tritón», procedente de Francia, llegó ayer por la mañana a esta capital el gran poeta Rubén Darío, que desembarcó en la dársena sur, donde lo esperaba la comisión encargada de recibirlo. Entre los que hablaron anotamos las brillantes palabras del escritor chileno Ventura Fraga:

«Saludo, en la hora feliz de su arribo, a mi amigo el maestro de la musa hispana, que, substrayéndose al encanto adorable de Lutecia, viene a imperar nuevamente sobre el alma de la estepa argentina, dominada ya por la magia anfiónica de su plectro de oro.

«La intelectualidad de Chile, por medio del señor Ministro Plenipotenciario, me encarga cumpla, con alma de viejo amigo,

tan grata comisión... Se diría que Darío es nuestro poeta... Y lo sois, fuerte plasmador de «Caupolicán»... Vuestros primeros fulgores de belleza los generó la extraña pupila de las doncellas de Miramar, y nuestras marinas, bravías y rocallosas, consolaron hondamente las nostalgias taciturnas del genio ignorado. En la nevada cima fascinasteis al cóndor, y el cóndor os fascinó. A esos ojos, a ese mar, a esa cordillera le debéis algo, y esa cordillera, ese mar y esos ojos os deben mucho; os deben una alada primicia, vuestro encanto «Azul».

«Sed feliz en los países que habéis conquistado con vuestro genio; y seguid avasallando nuevas comarcas, que es un motivo de orgullo caer bajo la tiranía de vuestra helénica inspiración, de vuestra escritura incomparable».

CÓNSUL DE CHILE EN SALTA Y JUJUY

Fuera de su larga carrera de escritor y periodista, Fraga ejerció también la diplomacia y desempeñó por varios años el importante cargo de cónsul de Chile en las provincias argentinas del norte, Salta y Jujuy.

Por aquellos años existía en el espíritu de los pobladores de esas provincias argentinas un acentuado sentimiento patriótico, saturado de una pesada atmósfera de beligerancia y en los primeros tiempos de iniciadas las propuestas del consulado no fueron pocos los postulantes a ese alto cargo que rehusaron aceptar por el inminente peligro de sus propias vidas.

Los saltajujeños no aceptaban en sus tierras a nadie más que sus compatriotas, menos podían admitir representantes extranjeros. No querían ser mandados por nadie, ni podrían aceptar leyes ajenas a sus costumbres. Largos años se habían manejado solos y con una libertad muy entera y amplia.

Este era uno de los graves problemas por solucionar, cuando le fué ofrecido el Consulado a Fraga.

A continuación copiamos un párrafo de «La Argentina» de esos años, que dice:

«El Gobierno chileno tiene proyectado establecer un Consulado, cuya jurisdicción abarque las provincias de Salta y Jujuy.

«Para desempeñar ese puesto se ha hecho una ventajosa propuesta al señor Ventura Fraga, escritor chileno, actualmente en Argentina, el cual no ha respondido aún al ofrecimiento por tener proyectado un viaje a Europa».

Pero Fraga, a la semana siguiente había redactado la contestación en forma afirmativa y los diarios daban la noticia: «El Gobierno chileno ha nombrado cónsul de Chile en Salta y Jujuy a don Ventura Fraga, distinguido escritor de ese país».

Todo esto estaba muy bien, pero ahora venía lo terrible, había que hacer «tripascorazón» para llegar hasta Salta y establecerse en el Consulado con el repudio unánime de sus habitantes.

FERROCARRIL DE SALTA A ANTOFAGASTA

Fraga se encontraba materialmente imposibilitado ahora para ir a ocupar su Consulado, por las circunstancias antedichas. Pero quiso la suerte que en esos trajines tuviera conocimiento que en esas provincias argentinas ansiaban tener un ferrocarril internacional hasta Antofagasta, para facilitar la buena venta de sus ganados en el norte del territorio chileno.

Y Fraga encontró en esto su formidable punto de partida para captar la simpatía de los saltinos.

Como primera mano acudió a los periódicos y revistas y se hizo entrevistar por los principales, cuyas declaraciones se fundaban en que él no iba a Salta como simple cónsul de Chile, sino como un aguerrido luchador por la futura construcción del ferrocarril internacional a Antofagasta y dirigió al Gobierno chileno, por intermedio de su cónsul general en Buenos Aires, la siguiente nota:

«El intercambio de esta provincia con las nuestras, por lo que respecta a las mercaderías de retorno, vendría a beneficiar todas nuestras tierras chilenas del norte que no tienen vegetación...».

Con esta nota oficial que extractamos y la intensa campaña de prensa se granjeó Fraga no sólo la simpatía de los saltajuenos, sino también la admiración unánime de esas ciudades del interior. Y cuando arribó a Salta fué homenajeadó por todos sus habitantes.

Al frente de este Consulado, Ventura Fraga se hizo en muy poco tiempo dueño de una alta cuenta bancaria y muy pronto fué contado entre los hombres de fortuna de esa provincia argentina.

ANATOLE FRANCE Y SU PRIMER VIAJE A EUROPA

En el territorio argentino, Ventura Fraga había abandonado la vida sin orden ni control de la bohemia chilena de diez años atrás. Ahora era «rico» y disfrutaba de honores diplomáticos. Su cultura estaba madura y firme con su enorme bagaje de conocimientos adquiridos y con el roce casi constante de grandes valores intelectuales que visitaban América.

Su vida estaba dividida entre Salta y la capital argentina. Se le podía encontrar en Salta con la misma seguridad que en la Cancillería chilena de Buenos Aires. Su gran actividad en el Consulado le permitía viajar a menudo para resolver estudios y problemas que se presentaban con frecuencia en el desempeño de su cargo. Allí tuvo ocasión de estrechar la mano al maestro Anatole France, cuando visitó a Buenos Aires con el objeto de dar unas conferencias de literatura, las que no pudo cumplir, por sufrir en esas circunstancias una enfermedad repentina que lo postró en cama. Pero lo secundó en la tribuna universitaria su talentoso secretario, el celebrado autor de *Anatole France en pantuflas*.

Fraga, fuera de su saludo protocolar, visitó al genio francés en el Royal Hotel y departió algunas horas de agradable charla, quien lo convenció que debía viajar por los principales centros culturales del Viejo Mundo. Fraga, encantado de las advertencias contestó que lo haría con el mejor entusiasmo, porque siempre había constituido Europa para él, el sueño de su vida.

A principios de 1914, Fraga echa sus maletas a un barco y parte a cumplir su ansiado viaje por los países de la Europa eterna.

Desembarcó en el puerto inglés de Liverpool y visitó a Londres, Berlín, París, Bruselas y algunas ciudades de Italia y la mayor parte de los pueblos de España.

El Ateneo de Madrid, que solamente abría sus puertas a las primeras figuras literarias de la península, cedió a Ventura Fraga la tribuna para que dictara una conferencia sobre la «psicología sudamericana y psicólogos contemporáneos de Sudamérica».

Tomamos a continuación un párrafo de esos años, de un periódico de Madrid, que dice: «El escritor chileno Ventura Fraga ha dado una conferencia en el Salón Principal del Ateneo de Madrid, sobre «Psicología...». Y asistieron además de un numeroso público, el Ministro de Chile y el Encargado de Negocios del Uruguay».

Fraga fué invitado también a dictar conferencias en Barcelona y en la Universidad de la Sorbona, de París, pero no le fué posible acceder a estas distinguidas invitaciones por serle demasiado breve el plazo de que disponía. Y regresó a su Consulado de Salta y Jujuy.

A su arribo a Buenos Aires, los diarios y revistas publicaron grandes reportajes de sus impresiones de Europa y las autoridades universitarias le solicitaron que dictara un ciclo de charlas de los diversos estados culturales de las importantes capitales que visitó en ese continente.

Y cumpliendo con este compromiso permaneció seis días consecutivos en la tribuna. Un público abrumador escuchaba sus charlas y las aplaudía con entusiasmo.

Luego después se dirigió a desempeñar su puesto consular a las provincias del norte argentino, donde lo esperaban como a un miembro de su propia familia.

Fraga fué siempre muy querido y admirado por todos los que lo rodeaban de cerca y le admiraban de lejos.

ABANDONA EL CONSULADO DE SALTA Y JUJUY

Desde su regreso de los países europeos, Fraga no se sintió con tranquilidad ni reposo en Salta, a pesar del inmenso cariño que los saltinos tenían por él, se había apoderado de su cuerpo el deseo de abandonar Argentina y renunciar definitivamente a su cargo de cónsul.

Nadie conocía la raíz de esta extraña decisión.

Era una causa romántica muy secreta que sólo Fraga guardaba en su corazón.

Su primer viaje lo había realizado debido al entusiasmo que le produjo la voz respetada de Anatole France. Y ahora volvería a Europa obedeciendo a esas certeras palabras de Yolanda que, día a día, le iban desgarrando el espíritu.

Los saltinos no deseaban a ningún precio la salida de «don Ventura», como le nombraban cariñosamente al cónsul de Chile en Salta y Jujuy.

Pero el sentimiento romántico fué apoderándose más y más de Fraga, hasta que se tornó más poderoso que la cordial acogida que siempre le dispensaron los saltinos. Y en uno de esos días, «don Ventura» renunció para encaminarse de nuevo a Europa.

Dadas las noticias de la cesación de su cargo, todo el pueblo se movió hacia la casa de Fraga a demostrarle el hondo pesar que le causaba su alejamiento.

Los diversos funcionarios le preguntaban sobre la causa de su determinación. Pero a nadie confesó absolutamente nada de la verdadera realidad. Sólo se limitó a contestarles que deseaba vivir lejos de América.

En vista de esta rotunda negativa de quedarse en Argentina, los diversos sectores de la ciudad organizaron una gigantesca manifestación de despedida, que consistió en una gran velada pública, un almuerzo y en la entrega de un pergamino como recuerdo inmarcesible de Salta, firmado por todos los políticos, intelectuales, periodistas y altas personalidades del comercio y de la banca.

Hecho este magno homenaje a Fraga, se publicó en todos los diarios el facsímil del pergamino, con todos los detalles de la fiesta.

El pergamino contiene los escudos nacionales de Argentina, Chile y de la Paz de América. Y al centro dice en letras góticas: « A don Ventura Fraga, ex cónsul de Chile en Salta (Rep. Argentina). En reconocimiento de los servicios prestados a la vinculación internacional de Argentina y Chile y de sus generosas propagandas a favor del ideal hispanoamericano. Salta, enero de 1915. (Siguen numerosas firmas) ».

YOLANDA Y SU SEGUNDO VIAJE A EUROPA

Una mañana, a las ocho, las maletas de Fraga, permanecían de nuevo a orillas de la playa del Mar del Plata, esperando el barco que las conduciría al Viejo Mundo.

Esa boca y esas manos que Fraga dejó en Venecia, encerraban la aventura de ese segundo viaje.

Haría la travesía directamente a Italia para encontrarse con Yolanda, la joven y adinerada viuda de Venecia, cuyos compromisos en sus dedos habían sellado el espacio y la eternidad.

La boda se realizaría el mismo día de su arribo a las ca-

lles tapadas de agua. A esas horas Yolanda estaría en el muelle con su cabellera rubia y con sus brazos extendidos al viento.

A Fraga le parecía que una lentitud odiosa se apoderaba del barco en medio del océano. Los días y las noches le parecían interminables.

Prefirió desembarcar en un puerto de la costa francesa antes de hacer el viaje por el Mar Mediterráneo, que demoraba algunos días más, y era árido y de mayor peligro.

Cuando llegó a París, quiso tomar inmediatamente el tren internacional a Italia.

Los transeúntes caminaban de prisa y piquetes de guardias armados cubrían las calles de la capital francesa.

En las primeras horas del día siguiente, Fraga estaba a la ventanilla del ferrocarril, esperando ser atendido para obtener el pasaje a Italia. Y una advertencia de los principios de la guerra le anunciaron que toda esa frontera se hallaba cerrada, salvo el paso a España que estaba libre. Fraga dijo que en esos momentos de buena gana se hubiese muerto. Toda su esperanza rodó por tierra y no le quedó otro camino que el de seguir a España.

En los frentes de los países beligerantes llevaban seis meses de combate.

Eran los comienzos de la gran Guerra Mundial.

Durante todo el largo período de la guerra, Fraga vivió en España y nunca le fué posible saber nada de su tan ansiada Yolanda.

En Madrid editaron una obra de teatro titulada «El botón sublime», que fué estrenada con éxito por algunas compañías españolas.

VIVE EN PARÍS

Terminados los acontecimientos guerreros de Europa, Ventura Fraga se va a París, donde vive toda la época de la post-guerra.

Allí convivió con Leonardo Pena, Francisco Contreras, Eugenio Labarca y muchos otros escritores chilenos que llegaban a Francia.

Se dedicó al periodismo y escribió en revistas españolas que se editaban en París, como la «Gaceta Musical» y otras.

También ejerció el oficio de traductor y trabajó para varias editoriales parisienses.

35 AÑOS AUSENTE DE CHILE.

Su larga permanencia en el exterior de 35 años, le perjudica enormemente. Aquí en Chile nadie sabe ni se acuerda de él. El barco que partió de París lo ha dejado en Valparaíso, de donde se dirige a Santiago para buscar hospedaje en alguna casa amiga.

Esos 35 años que le distancian de la vida chilena, caen sobre sus hombros con la reciedad terrible de la absoluta indiferencia.

Llega a su patria, pero junto a él viene la muerte.

Una enfermedad violenta se apodera de su cuerpo y lo lleva a la fosa, pobre, muy pobre y desconocido por todos sus viejos amigos. Salvo Víctor Domingo Silva, que desde su arribo a Santiago le dió trabajo y después de su muerte lo acompañó hasta el cementerio a dejar sus huesos y a tirarle el último puñado de tierra sobre la sepultura de este desconocido artista chileno que se llamó Ventura Fraga.